

Filme australiano, reglas norcoreanas

Para entender la eficacia de la cinematografía de propaganda

por ROGER MATEOS MIRET
Subjefe de Política, *Diari ARA*



Aim high in creation!

Dirigida por ANNA BROINOWSKI

Unicorn Films, 2013

<http://aimhighincreation.com/>

¿Qué sucedería si un cineasta occidental intentase aplicar a una de sus películas las técnicas propagandísticas del hiperpolitizado cine de Corea del Norte? ¿Podría cosechar algún fruto razonable o sólo cabría esperar una caricatura delirante y grotesca de un modelo que utiliza el celuloide como arma de adoctrinamiento masivo? Este es el reto que se planteó en 2010 la directora australiana Anna Broinowski. Las autoridades de su país acababan de conceder una licencia a una compañía extranjera para perforar un céntrico parque de Sidney, la ciudad donde reside, en busca de un yacimiento de gas. Para denunciar los efectos contaminantes del *fracking*, Broinowski se inventó una fórmula insólita: asumiría las pétreas reglas del cine norcoreano (detalladas en un manual de culto firmado por el Querido Líder, Kim Jong Il) para contar la lucha vecinal contra las grandes corporaciones energéticas, cuyo afán de lucro pisotea sin escrúpulos el medio ambiente y pone en peligro la salud de miles de ciudadanos (no sólo de Australia) a los que se intenta tranquilizar con falsedades y desinformación.

El resultado es *Aim high in creation!*, un inclasificable documental de doble filo: es a la vez un furioso alegato ecologista y un extravagante experimento cinematográfico, que se balancea constantemente entre un juicio severo al capitalismo

salvaje y un esperpéntico reflejo de las grandilocuentes consignas del régimen norcoreano. Dos años le costó a Broinowski conseguir la autorización para viajar a la aislada mitad norte de Corea y relacionarse con profesionales de la industria del cine, a quienes solicitó consejo para su proyecto. Durante tres semanas, la autora del laureado documental *Forbidden Lie\$* (2007) tuvo acceso a los estudios de grabación de Pyongyang y conversó con directores, guionistas, actores y compositores, que le mostraron sus rutinas de trabajo y trataron de orientarla sobre el uso de sus propias herramientas narrativas. Esa es, en realidad, la parte más interesante del documental: partiendo de un escepticismo irónico pero en el fondo indulgente con respecto a un estilo saturado de proclamas socialistas y odas a los Líderes de la nación, Broinowski va descubriendo la cara menos conocida de esa maquinaria propagandística. El contacto directo con los artistas en su espacio de trabajo le permite entrever el lado más humano y menos ideologizado de su personalidad.

Lo peor del filme: los diez minutos finales, en los que se incrusta un cortometraje de ficción sobre una madre de familia que se rebela contra un despiadado magnate que se dispone a extraer gas de uno de los pulmones de Sidney. Estos diez minutos constituyen el fruto (poco logrado) del experimento consistente en contar una historia ambientada en Australia y protagonizada por australianos pero con las premisas dictadas por Kim Jong Il. Sin embargo, afortunadamente, el grueso del metraje está dedicado a relatar el proceso de gestación de ese cortometraje postizo y forzado. La película va combinando secuencias rodadas en Sidney y Pyongyang: mientras Broinowski alecciona, según las normas enunciadas por Kim Jong Il, a los cinco actores australianos que protagonizarán el estrafalario corto contra la extracción indiscriminada de gas, se intercalan las conversaciones que mantuvo ella con especialistas norcoreanos para aprender sus trucos y, entre medio, aparecen varios testimonios de granjeros anglosajones a los que el *fracking* ha envenenado sus tierras. El espectador engulle perplejo dos argumentos en uno, que se despliegan en paralelo: los secretos de la cinematografía norcoreana y la amenaza ecológica que representan los imperios gasísticos. Las dos historias no tienen nada en común, su único punto de contacto es el empeño de la directora en ligar una cosa con la otra, un propósito que la lleva a intentar explicar a sus interlocutores en Pyongyang en qué consiste el pernicioso sistema de inyección a presión de fluidos tóxicos para fracturar el subsuelo y facilitar la extracción de hidrocarburos. Atónitos, los súbditos de la que está considerada por la comunidad internacional como la dictadura más asfixiante del planeta acaban preguntándose ante la cámara cómo es posible que el gobierno australiano sea tan perverso y ningúee las protestas de su gente.

La cinta está plagada de situaciones surrealistas, tratadas a menudo con sarcasmo, en las que se ponen de manifiesto las rigideces de la sociedad norcorea-

na. Pero al final, *Aim high in creation!* resulta ser un ejercicio muy útil para los investigadores de Ciencias Sociales por cuanto su obra no deja de ser un documento con doble contenido, incluso metodológico, que pone de relieve conclusiones de alcance.

En primer lugar, de manera evidente y aunque lo haga con desenfado, Broiowski destripa y expone los mecanismos sobre los que se basa la cinematografía de propaganda política, casi tan antigua como la misma historia del cine, que posteriormente se extendió a la televisión y que no necesariamente excluye las obras maestras. Incluso el cine comercial de gran formato puede entrar en esta categoría: empieza a ser asumido que *The Interview* (Evan Goldberg, Seth Rogen, 2014) fue un film comercial pero con un trasfondo propagandístico tan anodino y absurdo como pudiera serlo cualquier obra épica producida en Pyongyang, que llega a ser proclamada “película del año 2014”, y ello a partir de una inopinada campaña de propaganda basada en el victimismo debido que la productora sufrió un ataque cibernético a cargo, supuestamente, de hackers norcoreanos, denuncia que al final quedó en entredicho¹.

Lo cual viene a demostrar que las capacidades de la cinematografía de propaganda no se basan en la mayor o menor extensión del ámbito social sobre el que operan, sea un pequeño país hermético, o el ámbito impreciso de la globalización. Tampoco en la calidad artística del producto, aunque es evidente que eso ayuda. Se fundamente, más bien, en la reiteración de unos códigos claramente reconocidos por el público al que va dirigido y que previamente nunca se han puesto en cuestión. De esa forma, la población a la que va dirigida encuentra en los films de propaganda -explícitos o implícitos- una reafirmación regular de los argumentos oficiales. Por otra parte, la filmografía de propaganda basa sus logros en el copo de las redes de distribución y publicidad de la obra. Eso se puede lograr a escala de un pequeño país, o incluso en el ámbito global; y desde luego, se sigue trabajando en ese objetivo. De tal forma que casi se puede asu-

¹ Vid.: por ejemplo: “The Interview’: La película más polémica del año es también la más absurda”, por Carlos Rebato en *Gizmodo*, 26 de diciembre, 2014; consultable en: <http://es.gizmodo.com/the-interview-la-pelicula-mas-polemica-del-ano-es-tamb-1675136679>; asimismo: “Sony Pictures sospecha que el ataque pirata pudo ser obra de un topo”, en: *HoyCinema* (ABC), 3.12.2014: <http://hoycinema.abc.es/noticias/20141203/abci-sony-pictures-hackeo-interno-201412031807.html>; Para las muy habituales operaciones de espionaje y sabotaje industrial tras el final de la Guerra Fría: Andrey Brown, *The Grey Line. Modern Corporate Espionage & Counter Intelligence*, Amur Strategic Research Group, 2011

mir que *The Interview* hubiera sido un éxito en Corea del Norte sólo con cambiar la nacionalidad de los protagonistas y mediante el oportuno retoque de los diálogos.

Por supuesto, colofón lógico de lo dicho es que *Aim high in creation!* es que derriba tópicos y esa es su virtud principal. Además lo hace a partir de un complicado equilibrio a tres bandas que explica las (naturales) limitaciones del film. En efecto, Broinowski ejecuta una pirueta muy complicada, que incluso le supone entrar en deuda incluso consigo misma. A la hora de montar el material, no le resultaba posible denunciar abiertamente el asfixiante marcaje del régimen a los cineastas norcoreanos. La directora sólo podía darlo por entendido, sin explicitarlo. En primer lugar, porque hubiera pecado de ingratitud hacia compañeros y colegas norcoreanos, como el director Pak Jong Ju. La complicidad que se establece entre Broinowski y él (ambos dominan el japonés y, fuera de cámara, llegan a conversar con mayor comodidad y soltura, liberados de la permanente vigilancia de los comisarios políticos que acompañan siempre al grupo) acaba impregnando el filme de un tono condescendiente, casi acrítico en relación con el arte cinematográfico cartografiado por Kim Jong Il. Y no es para menos, teniendo en cuenta que el difunto Gran Líder se proclamó en 1973 autor de un denso tratado sobre cómo producir películas. Un ensayo de cerca de 350 páginas, traducido a varios idiomas, en el que da instrucciones a todos y cada uno de los agentes que intervienen en un largometraje. Al director le asigna un rango superior, lo define como el “comandante en jefe del equipo de creación” y le ordena ser exigente y severo con el resto. También hay estrictas indicaciones para actores, guionistas, camarógrafos, tramoyistas y compositores de bandas sonoras. Es el sacrosanto manual que, todavía hoy, deben interiorizar y aplicar a conciencia todos los que se dediquen a esta modalidad artística en Corea del Norte.

Por lo tanto, denunciar abiertamente ese estado de cosas hubiera supuesto un riesgo seguro de represalias hacia los amigos y compañeros dejados en Corea del Norte. Pero además, también era una forma de tirarse piedras sobre el propio tejado, dado que el objetivo de la pirueta de Broinowski era trasladar la experiencia de la propaganda norcoreana a su propio documental de denuncia sobre los efectos contaminantes del *fracking* en Australia. Denunciar a dos bandas, incluyendo ahí la supuesta fuente de inspiración, hubiera sido un empeño suicida. Por último, dar un bandazo y hacerse propagandista del régimen norcoreano hubiera anulado el efecto buscado por Broinowski, e incluso su propia imagen de contestataria independiente.

El resultado fue ese desconcertante documental en el cual el montaje del material sobre una base de causticidad generalizada parece haber tenido un papel central. A pesar de lo cual, el pastiche resultante tiene utilidad para todos aque-

llos investigadores que deseen saber qué está sucediendo en Corea del Norte, y sobre todo, entrever si realmente se está produciendo una transición y hacia dónde. Tras la mofa hacia un régimen que rinde un culto ilimitado a los Kim en el poder, la película rebusca entre las miradas y los comentarios que dirigen a Broinowski sus anfitriones, para diferenciar entre las respuestas prefabricadas según el molde de lo políticamente correcto y sus sentimientos más sinceros. Es aquí donde descubre sorprendida que tiene mucho más en común de lo que podía imaginarse con la gente del cine de aquel país enclaustrado. Porque más allá de oír las habituales soflamas glorificadoras hacia el Líder y su polifacética maestría, Broinowski se percata de que, a la hora de afrontar un rodaje, sus colegas de profesión se mueven por los mismos intereses que cualquier artista en cualquier parte del mundo. Al fin y al cabo, ¿quién no querría ser un Eisentein?